

FRANCISCO
UMBRAI

MEMORIAS
DE UN
NIÑO DE
DERECHAS

Prólogo
Antonio Lucas



AUSTRAL

FRANCISCO
UMBRAL

MEMORIAS
DE UN
NIÑO DE
DERECHAS

Prólogo de Antonio Lucas



AUSTRAL

 Planeta



fundación
Francisco Umbral

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Herederos de Francisco Umbral

© del prólogo, Antonio Lucas, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Diseño de la cubierta: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Hurston Hopkins / Picture Post / Hulton Archive /

Getty Images

Primera edición en Austral: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.481-2024

ISBN: 978-84-08-28829-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: QP Print

Printed in Spain - Impreso en España

En los baúles profundos de nuestras casas, peludos y claveteados como un Arca de Noé forrada con la piel del camello y la camella que entraron, vivieron y se salvaron dentro del Arca, estaba la historia de los felices veinte y de los inquietos y germinales años treinta, revistas de la época, *Crónica*, *Estampa*, *Blanco y Negro*, cosas que habían coleccionado nuestras madres entre sus pamelas del último sarao y de la última visita del rey a la ciudad.

Parece que los inquietos, germinales y revueltos años treinta, en que nosotros nacimos, fueron los de los primeros gritos fascistas en Europa, y la gente se lo pasó viendo jugar al tenis a Lili Álvarez, levantando la cabeza, con penosa torsión del cuello, para ver si venía o no venía por el cielo el Gran Zeppelin, o el Plus Ultra con Ruiz de Alda y Franco, dándole guerra al Negus, al pobre Negus, apostando por Paulino Uzcudun o por Max Schmeling, poniéndose en pie con las paradas de Ricardo Zamora, que ponía en pie a un muerto, aplaudiendo al Racing o al Sporting, comprándose chaquetas lo más parecidas posible a las del príncipe de Gales, veraneando en San Sebastián, leyendo ensayos sexuales del doctor Marañón, viendo *El Danubio Azul*, una pelí-

cula llena de plata y zafir, como el propio Danubio, dándole olés a Domingo Ortega y comiendo cabello de ángel, que era una cosa que comían mucho los exquisitos de entreguerras.

La primera imagen que nosotros tuvimos del mundo, en nuestros sarampiones infantiles y eruditos, fue la de aquellas revistas amarillecidas por las que supimos que míster Eden era el político más elegante del mundo y del Reino Unido, lo que no obstaba para que los caricaturistas internacionales le dibujasen con una minifalda de plátanos como la de Josefina Baker, que por entonces aún no recogía niños impares y que bailaba desnuda, con el cráneo pelado, para meterles un poco de selva y cachondeo a los decadentismos de boquilla de la última —esta vez sí que sí— y sofisticada bella época. En aquellos periódicos del baúl firmaban Felipe Sassone, un señor de monóculo y melena blanca y capa española (pero que no era español, como su apellido indica) y que me parece que estaba casado con doña María Palou; Spottorno y Topete, que hacía en el *Blanco y Negro* las crónicas mundanas de las niñas jamón y los niños jamón de la época, todos con sus pantalones bombachos, sus raquetas en la mano, sus minifaldas plisadas y sus dijes; y también firmaban, digo, Vicente Sánchez-Ocaña, que era redactor jefe de *Estampa* y hacía muchos reportajes en la revista, reportajes ilustrados con dibujos, algunos (cosa que hoy parece arqueológica), o aquella sección titulada «El escritor mientras hace su obra», donde salían los hermanos Quintero retratados, paseando por Madrid, tomando café o escribiendo en su despacho de hacer metáforas andaluzas.

Los actores de teatro, por entonces, no tenían que

estudiar a Stanislavsky ni a Grotowsky. Les bastaba con poner un poco de acento andaluz y en seguida les contrataban los Quintero para un pasillo o un entre-més. Hitler y Mussolini, mientras los hermanos Álvarez Quintero rimaban *Amores y amoríos*, se estaban poniendo las botas. Era un jardín sonriente, era una tranquila fuente de cristal, y era a su borde asomada una rosa inmaculada, de un rosal. ¿Quién te quiere, quién te llama por tu bien o por tu mal, quién te llevó de la rama, que no estás en tu rosal? Blanca estrella que del cielo, envidiosa al ver el suelo, resbaló, y a la que una mariposa, de mancharla temerosa, no llegó.

Y así un día y otro día, entre espinas y entre flores, el jardinero plañía imaginando dolores, desde aquel en que a la fuente un caballero llegó y a la rosa, dulcemente, de su tallo separó. Hitler le había dicho, o le iba a decir a Guillermina de Holanda que, abriendo sus canales, le iba a inundar las partes bajas. Todo estaba en el baúl de mamá y de las tías. Los viajes del rey, la boda de la chica, el estreno de la semana, *Agua, azucarillos y aguardiente*, y los chistes de Sileno sobre la dictadura del general Primo de Rivera.

El sarampión, la escarlatina, las paperas y la amigdalitis son los sucesivos cursos de Historia de España que el párvulo va siguiendo por su cuenta, en las revistas amarillas (se pondrá amarillo el tiempo sobre mi fotografía, Miguel Hernández) y en los libros robados a la biblioteca familiar, «Eróticos y sentimentales», con una cubierta carnosa, barroca, y unos alejandrinios blancos que no nos decían nada. Los chicos del 27 andaban ya con Góngora y el surrealismo, Gerardo era catedrático en algún instituto de provincia, pero el sexo seguía rigiéndose por el modernismo rubeniano

que Salvador Rueda llevó a sus apoteosis andaluzas y toreras.

El baúl era el Arca de Noé aparcada en el cuarto ropero. El baúl era el camello del Arca que había tomado forma de baúl de estar cuarenta días y cuarenta noches entre cuatro tablas. De América venían películas de Charlot y gramófonos, de Europa venían antorchas, resplandores de antorcha mussoliniana, himnos nazis, lluvias inglesas y canciones de Chevalier, que era el único europeo que tenía un canotier personal, inconfundible, en la inmensa asamblea de los canotiers que era entonces el Viejo Mundo. Los obreros españoles comían más bien poco.

El baúl de las cosas viejas era algo así como el sepulcro del Cid, y antes de que Costa, el león de Graus, le echase las siete llaves, nosotros sacábamos del baúl revistas con señoritas semidesnudas, *Estampa*, semanarios de cine en sepia y azul (el blanco y negro era una ordinareiz de diario socialista y el color era un sueño del ciudadano Kane) y veíamos a aquellas mujeres cubiertas con un mantón de Manila o una sombrilla, y aprendíamos, sin haber leído a Mallarmé, que «la carne es triste y he leído todos los libros».

También había en los baúles ropas y disfraces, verdura de las eras, aquellas ropas chapadas, qué se hicieron, y por toda aquella indumentaria marchita comprendíamos que el mundo de nuestros padres había sido un continuo y alegre carnaval, todo el año es carnaval, pero Larra aún no lo había dicho (lo había dicho, pero nosotros no lo habíamos leído, que era como si no lo hubiese dicho), Alexis Carrel, la incógnita del hombre,

Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, libros pesimistas, el pesimismo como coartada para bailar charleston, mirarle los muslitos a la Betty Boo y beberse tres bocks de cerveza seguidos a despecho de la Ley Seca. En los cuentos de Guy de Maupassant, que luego nos gustarían tanto, la gente también tomaba muchos bocks de cerveza, y el protagonista le miraba lo que podía a una damisela, a bordo de una barca dominical, pero nosotros creíamos en el mundo, en la cultura, en Maupassant, Spengler y Carrel, creíamos incluso en la cerveza, que nos mareaba muchísimo. Estábamos descubriendo esa cosa tan fascista de que el mundo está bien hecho. Detrás de Maupassant vino Alfonso Daudet, *Cartas desde mi molino*, Jack, un Dickens francés que escribía mejor que Dickens, porque los franceses siempre han escrito mejor que los ingleses, con perdón.

¿Qué más había dentro de los baúles familiares? Zapatos viejos, alas de pamea, botones forrados, trapo, porque entonces, en las casas, no se tiraba nada. Ahora hemos llegado, tantos años después, a eso que alguien llama la civilización del desperdicio, pero en los años treinta regía la civilización del baúl-mundo, del cuarto ropero, y todo había que guardarlo, por si acaso. Ignacio Sánchez Mejías había muerto en una plaza de pueblo, Manzanares, y Joselito había muerto en otra plaza de pueblo, Talavera. Ahora, en Manzanares, los italianos hacen westerns-spaghetti, y en Talavera ha nacido un poeta que se llama Rafael Morales, y que quizá estaba haciendo versos desde los tiempos de la cogida, desde antes de nacer. Pensamientos de muerte edificandos, ha llamado él a los cuernos del toro, y a Joselito, en

Talavera, al costado de la loza ilustre, le metieron un pensamiento de muerte edificado que se lo llevó al cielo corinto y oro de los toreros. España lloraba aquellos lutos cuando nosotros vinimos al mundo. España siempre llora a un torero, a un general o a un político. España es viuda de varios grandes toreros, de varios grandes tribunales, de varios grandes de España.

Ortega daba mítines en los cines, pero nosotros aún no íbamos al cine ni leíamos a Ortega. El mundo vivía la rebelión de las masas y los niños de la preguerra, de la guerra, de la posguerra, no sabíamos que España es una cosa invertebrada, como ciertos animales. Ortega escribía sobre la redención de las provincias, y nosotros, en nuestras provincias, permanecíamos irredentos, viendo milagros todos los días, porque los milagros siempre pasan en provincias, y poniéndonos jerséis de Auxilio Social, unos jerséis a rombos negros y marrones, iguales como los de los excursionistas de unos años antes, sólo que en borra.

Cuando vinieron mal dadas, hubo que abrir el baúl de los cadáveres periodísticos e ir vendiendo las viejas colecciones como papelote, en las chamarilerías, al peso, y de eso fuimos viviendo en la posguerra, así como del estraperlo del pan blanco, el pan negro y el pan cuarterón. Nuestras madres y nuestras tías habían cantado zarzuela, tangos y milongas. Nosotros no teníamos nada que cantar.

Pero la guerra trajo el *Cara al Sol*. Cara al sol con la camisa nueva que tú bordaste en rojo ayer, me hallará la muerte si me llega y no te vuelvo a ver. De todos modos, algunos niños aprendimos primero *Ramona*,

Ramona como una dulce aparición, Ramona, entraste tú en mi corazón, que es una pieza dulce y bailona que todavía se escucha hoy, casi medio siglo más tarde, en arreglos y orquestaciones pretenciosos, porque los músicos comerciales, como los filósofos, viven de orquestar lo que han hecho otros. Los fondos del baúl no se acababan nunca. Estuvimos mucho tiempo sacando de allí paquetes de revistas, y primero fue el *Estampa*, que era un semanario muy hermoso, y luego el *Blanco y Negro*, que daba más pena desprenderse de él, porque traía un *couché* muy brillante y unas portadas de Penagos muy modernas. Finalmente hubo que atreverse con *Crónica* y otras cosas así, más atrevidillas, cuasipornográficas, aun a riesgo de que las gentes austeras de la zona nacional y de la posguerra nos incautasen por vender carne humana a peso, señoritas livianas de cuando la República. Entonces todavía no se decía pornocultura, de modo que no teníamos coartada para nuestro tráfico de blancas, pero las revistas fueron saliendo y con el dinero del chamarilero iban a la plaza, a la compra, las viudas de guerra, las abuelas.

El baúl-mundo fue nuestra madre nutricia, nos dio todo el saber y toda la historia inmediatamente anterior, y luego nos daría de comer mediante la venta de sus tesoros. Cuando muera, uno quisiera ser enterrado, mejor que en uno de esos ataúdes industriales, en un baúl familiar, para estar ya siempre entre las ropas, los olores, los periódicos y los zapatos viejos de la familia, de las mujeres de la familia.